

Por lo que hace á Luis, también celebraba el caso con media sonrisa, pensando quizá cuán fácil es volver al corazón de un pobre la esperanza perdida.

— Pasemos al despacho — le dijo.

Y el cliente, siguiendo á la *parte contraria*, entró en el despacho, y sus ojos lo recorrieron con mirada rápida que detuvo en los diferentes papeles que había sobre la mesa. No obstante, más parecía que su atención se había fijado en el cuadro de Salomón, pues dijo:

— ¡Hola! Aquí está representada la sabiduría y la justicia. Lienzo anónimo. Escuela de *Juan de Juanes*.

— ¡Bravo! — exclamó Luis. — ¿También es usted aficionado á las artes?

— No — se apresuró á contestar. — Es que mi cabeza se parece á un cajón de sastre; en ella hay de todo un poco. Ya se ve, ¡ha rodado uno tanto por el mundo!. Me entretienen los museos, me gustan las bibliotecas; pero mi pasión, mi verdadera pasión son los archivos. La letra manuscrita me encanta. Si yo hiciera alguna vez una colección sería de *autógrafos* originales, auténticos. La letra impresa la lee cualquiera, lo mismo un niño que un hombre, lo mismo un ignorante que un sabio; mas delante de un manuscrito parece que estamos más cerca de la persona que en él habla; parece que sorprendemos un secreto ó que recibimos una confidencia; y si hay palabras ininteligibles, abreviaturas indescifrables, entonces el placer de descubrir el sentido que encierran sólo equivale al que experimentaríamos Colón al descubrir el Nuevo Mundo.

Ambos interlocutores guardaron silencio, sin duda porque el abogado no tenía nada que replicar, ni nada que añadir el Sr. Buenaventura.

CAPITULO VIII

V. C. F. M. 63

Luis comenzó á pasearse de un extremo á otro del despacho con el aire meditabundo con que le vimos antes de recibir la visita del Sr. Buenaventura. Éste, por su parte, permanecía en la más respetuosa inmovilidad, pues sólo se permitía dar vueltas al sombrero y pasear los ojos por los papeles extendidos sobre la mesa, siempre que Luis le volvía la espalda. No se atrevía á dejarse llevar de su pasión por los manuscritos, temeroso de incurrir en una falta de respeto, y los examinaba á *hurtadillas*, como si aquellos papeles ejercieran sobre sus ojos una atracción irresistible.

Cuando el jurisconsulto se presentaba de frente, las miradas del Sr. Buenaventura se hallaban inocentemente entretenidas en contar los dibujos de la alfombra que revestía el pavimento; pero en cuanto daba la vuelta se lanzaban sobre los papeles, como un gato sobre su presa.

Todos los que sientan el imperio de alguna afición dominante comprenderán, más aún, excusarán esta especie de inocente alevosía con que el Sr. Buenaventura escudriñaba con los ojos aquel pequeño archivo esparcido sobre la mesa. Tal era su particular predilección por los manuscritos.

Indudablemente su vista no alcanzaba á distinguir bien las letras trazadas sobre las carpetas de los legajos, pues

aprovechando una de las vueltas de Luis, dió hacia la mesa un paso silencioso.

El letrado se volvió de repente, tanto, que el señor Buenaventura casi se vió sorprendido en su movimiento de avance, y con aire distraído comenzó á sentar el pelo de su sombrero con la manga de la levita, presentando á la mirada de Luis la actitud más candorosa.

Éste se acercó á él, y poniéndole la mano en el hombro con benévola familiaridad, le preguntó:

— ¿De manera que será usted diestro en interpretar abreviaturas?..

— ¡Phs! — contestó el amanuense. — La costumbre saca maestros, y puedo asegurar que son pocas las que se me escapan.

— Hagamos una prueba — dijo Luis.

El Sr. Buenaventura se inclinó como diciéndole: «Bien, hagámosla.»

— Siéntese usted — añadió Luis, — porque me parece que ha de necesitar usted algún tiempo para descifrar el enigma que voy á someter á su habilidad.

Mientras buscaba con los ojos una silla donde sentarse, hizo un gesto que Luis interpretó, diciendo:

— ¡Habilidad!.. — perdone usted. — El mérito de descifrar las abreviaturas merece otro nombre más digno. Le llamaremos ciencia.

— Bien pudiera ser ciencia — replicó, yendo á sentarse en la silla que ocupaba el lugar más humilde de la estancia.

De esta manera unía la vanidad de su suficiencia en materia de abreviaturas y la humildad de su posición. Reclamaba para sus conocimientos, digámoslo así, caligráficos, el nombre de ciencia, al mismo tiempo que iba á sentarse humildemente en el último rincón del despacho.

— No — dijo Luis, quitándole el sombrero de la mano.

— No es ese el lugar que á usted le corresponde. Aquí es donde usted debe sentarse.

Y le señaló el sillón que se hallaba delante de la mesa.

— ¡Ah!.. — exclamó el Sr. Buenaventura, como asombrado del honor que se le dispensaba. — Ese es el sitio del jurisconsulto famoso, yo no soy más que un oscuro escribiente.

— No importa — insistió Luis. — El jurisconsulto no sabe descifrar abreviaturas, y hay aquí una que conviene despejar.

— ¿Una?..

— Una. Aquí la tiene usted.

Los ojos del Sr. Buenaventura brillaron detrás de las gafas con ese fulgor con que brillan los ojos de los gatos cuando ven asomar en el fondo del agujero que espían la inquieta cabeza del ratón que esperan.

No se detuvo en más cumplimientos, y con pasos silenciosos, como si no quisiera espantar la caza, se acercó al sillón y se sentó en él, si es posible decirlo así, majestuosamente.

Púsole Luis delante la liquidación que ya conocemos, y le señaló con el dedo las cuatro letras y los dos números trazados al margen de dicho documento, diciéndole al mismo tiempo:

— Este es el jeroglífico que va usted á descifrar.

Entonces el Sr. Buenaventura, que no necesitaba auxilio alguno para ver de cerca, levantó los cristales de las gafas, apoyándolos sobre la frente y dejándolos descansar sobre las cejas.

— Muy bien — dijo. — *V. c. F. M.* 63.

— Justamente — añadió Luis.

— Sí; mas rigurosamente hablando, esto no es abreviatura. Son simples iniciales, que cada una de ellas debe contener una palabra.

— Esas palabras — advirtió Luis — son las que hay que averiguar. La empresa no es fácil..., ¿eh?..

— ¡Phs! — contestó el Sr. Buenaventura. — Veremos. No es cosa de llegar y besarla durmiendo; porque, en fin, no se tomó á Zamora en una hora. Además, necesito algunos antecedentes. Aquí hay una liquidación en globo de muchos millones, y al margen aparecen estas cuatro letras y estos números, letras y números escritos con distinta letra y con distinta tinta. ¿No hay más documentos que se refieran á este asunto?..

— Todos los que ve usted sobre la mesa — contestó Luis — se relacionan con esa liquidación que tiene usted en la mano.

— ¡Bah!.. — exclamó el escribiente. — Examinándolos todos uno á uno, podremos dar con la clave. Algún tiempo habrá que invertir en el examen de tanto documento; mas será preciso, porque supongo que la averiguación que tenemos entre manos ha de ser muy interesante. ¿No es así?..

— Puede serlo — contestó Luis.

— Puede serlo. ¡Friolera!.. Entonces manos á la obra. Es un trabajo fastidioso; pero yo soy tenaz como una gota de agua, y al fin creo que romperé la piedra de este misterio. Por lo demás, estoy en mis glorias.

Hablando así, tendió la mano y cogió un legajo de cartas, dispuesto á leerlas todas de la cruz á la fecha; mas Luis le detuvo el brazo, diciéndole:

— No hay necesidad de que se tome usted este trabajo. Ahí está el índice de todos los documentos.

— ¿Completo?.. — preguntó.

— Completo.

— No obstante — advirtió. — El índice acaso no sea suficiente.

— Es suficiente — replicó Luis, — porque los documen-

tos están en él fielmente extractados. Yo mismo lo he hecho. — Véalo usted.

— ¡Oh, sí!.. — exclamó. — Esto simplifica en parte la operación. Repasaremos el índice, y después, si es necesario, consultaremos los documentos originales.

Y arrellanándose en el sillón, empezó á examinar el índice que el jurisconsulto había puesto en sus manos.

La voz de un niño y la voz de un hombre sonaron á la vez, oyéndose además los pasos del niño y los pasos del hombre, que bajaban la escalera interior que ponía en comunicación el despacho con el piso principal de la casa.

El niño decía:

— Padrino, déjame que baje solo.

Y el hombre contestaba:

— No; eres un loco y vas á caerte.

Estas dos voces produjeron en el despacho dos efectos distintos. Luis prestó atención sonriéndose, y el señor Buenaventura aplicó también el oído, frunciendo el entrecejo.

En uno de los ángulos interiores del despacho había una puerta de escape, que daba paso á la escalera donde resonaban los pasos del niño y los pasos del hombre.

Esta puerta se abrió de pronto, y entraron en el despacho, primero Serafín y después Montero.

El niño corrió á abrazar las rodillas de su padre, y Luis lo levantó en sus brazos, mientras Montero contemplaba en silencio al padre y al hijo con orgullosa complacencia.

Interrumpido el Sr. Buenaventura en su tarea por esta visita intempestiva, hizo un gesto de disgusto, se rascó la frente con impaciencia, y dejando caer las gafas sobre los ojos, bajó la cabeza, inclinándola sobre la mesa, y continuó examinando el *índice*.

Sin embargo, no era del todo indiferente al cuadro que

tenía delante, pues sus ojos inquietos lanzaban miradas oblicuas y rápidas, que iban á caer alternativamente, ya sobre Serafín, ya sobre Montero.

Este último se dirigió á Luis diciéndole:

— Creí que estabas solo.

La voz de Montero no era ciertamente una voz dulce; participaba de la aspereza de su carácter y de la violencia de su genio; sólo para Serafín tenía un diapasón particular, que daba á su acento el sonido de una flauta.

El Sr. Buenaventura no pudo oír la voz de Montero sin experimentar el estremecimiento involuntario que nos causa el rechinar de la lima al morder los dientes de la sierra.

Quiero decir que el Sr. Buenaventura se estremeció al oír tan cerca la voz de Montero, y se encogió ni más ni menos que si hubiera querido esconder la cabeza dentro del cuello de la levita y como si hubiera intentado taparse los oídos con los hombros.

Tengo para mí que si en aquel momento hubiera podido convertirse en tortuga, habría desaparecido por completo debajo de la concha.

Por el efecto que acabo de indicar debemos suponer que la voz de Montero le era antipática. La áspera firmeza de aquel acento no encajaba bien con la naturaleza tímida, pacífica y nerviosa del Sr. Buenaventura.

— Has creído bien — contestó Luis besando á su hijo; — estoy casi solo, porque el Sr. Buenaventura se puede decir que es ya de casa.

Montero fijó más atentamente sus ojos sobre el señor Buenaventura, y éste debió sentir sobre su cabeza los rayos de aquella mirada, que aún conservaban algo de su antigua fiereza, pues acercó más la frente al índice que examinaba. Tan desapacible era para el inofensivo amanuense la mirada como la voz del impetuoso Montero.



Y LUIS LO LEVANTÓ EN SUS BRAZOS

Y en honor de la verdad, el intrépido espadachín que conocimos en la primera parte de la DEUDA DEL CORAZÓN, no encontró en el Sr. Buenaventura nada que, así, á primera vista, lo hiciera recomendable á sus ojos, porque después de examinarlo con alguna atención, se encogió de hombros y arrugó ligeramente su terrible entrecejo.

De seguro, estas dos naturalezas, de índole tan opuesta, se rechazaban por la fuerza de esas mutuas y algunas veces inexplicables antipatías que con frecuencia experimentamos.

Luis advirtió que su secretario no causaba un efecto envidiable en el coronel, en cuya franca fisonomía podían leerse, como en un libro, los más recónditos pensamientos, y sonriéndose le dijo:

— El Sr. Buenaventura es un hombre de mucho mérito, que ha de serme muy útil. Tiene una hermosa letra y sabe descifrar toda clase de abreviaturas. Aquí ha llegado tan oportunamente que, ya lo ves, está resolviendo un problema que parece arduo, y del que acaso dependa la fortuna ó la desgracia de una familia.

— Eso quiere decir — añadió Montero — que has adquirido una buena alhaja.

Al oír los elogios con que Luis daba á conocer su mérito, el Sr. Buenaventura se levantó sobre las rodillas, inclinándose en señal de humilde y muda reverencia; mas las palabras del coronel lo detuvieron en esta demostración de cortesía, y tosiendo como si algo se le hubiese atravesado en la garganta, volvió á sentarse.

Serafín se acercó á la mesa, y con la curiosidad propia de la inocencia clavó sus dulces ojos en el semblante del Sr. Buenaventura, con esa insistencia para la que sólo tienen permiso algunas mujeres y todos los niños.

Sin levantar la cabeza del *índice*, el Sr. Buenaventura miró á su vez á Serafín por encima de las gafas, lo cual

dió á su mirada una expresión tan extraña, que el niño retrocedió hasta refugiarse en Montero, y sin apartar los ojos del amanuense hizo que el coronel se inclinara y le dijo al oído:

— Padrino... ¿Quién es ése?..

— Ya lo has oído — le contestó Montero acariciando su cabeza, — es nada menos que el Sr. Buenaventura. ¿Te parece poco?..

Quiso el niño que el coronel se doblara de nuevo para oír otro secreto, y el coronel se dobló ante la voluntad del niño como un juguete, y le dijo también al oído:

— Padrino, tiene cuatro ojos.

— ¡Cuatro ojos! — exclamó Montero soltando la carcajada. — Sí, cuatro ojos, gloria del mundo.

La admiración y el regocijo del padrino consistían en que Seraffín había sabido contar dos y dos.

— Cuatro ojos — siguió diciendo; — pero en cambio el Sr. Buenaventura parece que no tiene lengua, ó á lo menos parece que no tiene voz. Entre sus méritos está, indudablemente, el de saber callar.

El Sr. Buenaventura se atrevió á levantar la cabeza, dirigiendo á Montero una sonrisa de paz, pero sin despegar los labios.

— Te equivocas — dijo Luis, — me consta que mi secretario posee una gran elocuencia, y sabe plantear las cuestiones de derecho con una lucidez envidiable.

— Muy bien — replicó Montero, — y he aquí que mi admiración no tendría límites si nos encontráramos de sobremesa después del almuerzo; pero en ayunas, te aseguro que soy un juez demasiado severo. Convengo, no obstante, en que nuestro Sr. Buenaventura es un hombre extraordinario, lo cual, querido Luis, no quita que almorcemos.

Luis miró el reloj, diciendo:

— Tienes razón, son las doce y veinte... Se me ha pasado la hora.

— Por eso precisamente — añadió Montero — hemos venido nosotros á recordártelo. Margarita dice, con mucha razón, que tus pleitos nos van á matar de hambre.

— Id — dijo — y que sirvan el almuerzo. Yo voy detrás de vosotros.

Montero cogió á Seraffín de la mano y volvieron á subir la escalera por donde habían bajado. Conforme se iban alejando los pasos, la lengua del Sr. Buenaventura iba adquiriendo su natural movilidad. Al fin rompió en hablar y se dijo á sí mismo en voz baja:

— ¡Hum!

Luego, dirigiéndose á Luis, añadió:

— Ese caballero parece que tiene cara de pocos amigos.

— ¡Oh! — exclamó Luis. — Es un corazón excelente.

— Sí — replicó, — los corazones excelentes suelen tener también sus genialidades.

— ¿No ha oído usted hablar nunca del coronel Montero? — le preguntó Luis.

— ¡Del coronel Montero!.. — exclamó reflexionando. —

No, me parece que no he oído hablar nunca.

— Pues es un hombre famoso.

— Famoso, ¿eh?

— Ha sido un loco tremendo, pero ya ha sentado la cabeza.

— No me flo, Sr. D. Luis; esas cabezas destornilladas no se sientan fácilmente: genio y figura hasta la sepultura. A esos hombres conviene mucho guardarles las vueltas.

Luis comprendió que el coronel Montero no le había entrado al Sr. Buenaventura por el ojo derecho.

— Y bien — le preguntó; — ¿cómo vamos de abreviatura?

— Mal — contestó; — no encuentro en el índice rastro de luz. Registraré los documentos originales, y con paciencia

despejaremos la incógnita que en esas letras se oculta. La paciencia es un gran recurso, es la lima sorda que corta el hierro. Estas cosas hay que tomarlas con calma.

— En ese caso — dijo Luis, — aquí se queda usted solo, frente á frente del enigma, sin que nadie lo interrumpa y lo distraiga.

Y diciendo y haciendo desapareció en el hueco de la puerta por donde poco antes hemos visto entrar á Seraffín y á Montero.

En cuanto el eco de sus pasos se extinguió en el hueco de la escalera, el Sr. Buenaventura alzó sobre la frente las gafas que cubrían sus ojos, abandonó el sillón en que estaba sentado y salió á la antesala, acercándose al gran espejo que se levantaba sobre el mármol oscuro de la chimenea.

Algunos instantes permaneció delante del espejo contemplando su imagen, fielmente retratada en la claridad del cristal; y vamos, preciso es decirlo, parecía satisfecho del efecto que á sí mismo se causaba. Miróse de más lejos, de más cerca, de frente, de perfil, consultó el efecto de diversas actitudes y se examinó en diferentes posiciones. ¿Tendría el Sr. Buenaventura una idea excesivamente lisonjera acerca de los encantos de su persona?

Hecha esta operación de inexplicable y hasta injustificada coquetería, volvió al sillón, y restregándose las manos se sentó, diciendo entre dientes:

— Imposible..., imposible.

Apartó el índice, que ya había examinado detenidamente, y volvió á fijar su atención en las iniciales misteriosas, objeto de sus investigaciones.

— V. c. F. M... 63.

Pronunció lentamente cada una de estas letras, se mordió las uñas, se rascó la cabeza y repitió otra vez.

— V. c. F. M... 63.

Después de un momento de meditación, apartó el pa-

pel en que estaban contenidas las letras, exclamando:
— ¡Bah!.. Esto es indescifrable.

Y, no obstante, siguió meditando. Pero, ya se ve, la imaginación es caprichosa como una mujer, y cambió de rumbo.

— Sí, señor — se dijo á sí mismo. — El coronel Montero... Pues el coronel Montero... ¿Qué entiende ese bárbaro de manuscritos ni de abreviaturas? Estos genízaros, porque llevan un chafarote colgado de la cintura, se creen que todo lo saben y que todo lo pueden. ¡Ah!.. Pero, en fin, volvamos á esta endemoniada cifra... Hay que dar en el clavo, porque es posible que en esas letras se esconda algún secreto importante.

No encontrando rastro de luz en el índice, pasó á examinar los documentos que en sus respectivos legajos se hallaban sobre la mesa.

La tarea era larga; pero el Sr. Buenaventura era hombre de paciencia, y los leyó uno por uno con ese método que se adquiere cuando hay mucha costumbre de andar entre papeles.

No salió del despacho sino después de haberlos leído todos. Luis había adquirido indudablemente un hombre, cuando menos, laborioso.

Al despedirse del jurisconsulto hasta el día siguiente, le hizo tres profundas cortesías, y una vez en la calle, se dijo á sí mismo:

— Muy bien, esto marcha perfectamente. Por de pronto, sé, ¡friolera!, sé que no hay nada. En cuanto á las letras..., veremos.

Y como todo el que lleva en la cabeza un pensamiento fijo, siguió andando y diciendo:

— V... c... F... M... 63...